

Capítulo 92

El Rosario está gobernado por un total de ocho cardenales.

En lugar del papa, que rara vez abandona el confesionario situado en lo alto del templo salvo por motivos importantes, son los cardenales quienes dirigen el Rosario. Se dividen en tres facciones principales:

Una facción, liderada por el cardenal Mirania, es la facción de los Puros Sangre.

Otra, liderada por el cardenal Gumanian, es la facción política.

Y la última facción está liderada por el cardenal Yutia.

Sin embargo, la facción de los puros de sangre, liderada por el cardenal Mirania, y la facción política, liderada por el cardenal Gumanian, no sentían especial simpatía por Yutia.

Yutia Bludia, respaldada por el apoyo de innumerables seguidores devotos, había absorbido rápidamente los poderes circundantes y formado una facción formidable a pesar de contar solo con dos cardenales.

Pero eso no era todo.

Aunque la facción de Yutia era sin duda la más pequeña de las tres en términos de escala, los demás cardenales no se atrevían a subestimarla.



¿Por qué? Porque, inexplicablemente, parecía tener una influencia significativa sobre los demás cardenales: debilidades que, aunque no eran lo suficientemente graves como para despojarlos de sus títulos cardenales, eran capaces de socavar significativamente su influencia.

Por esta razón, las facciones dentro de la esfera de influencia de Rosário sentían poco afecto por Yutia. Recientemente, las otras dos facciones habían comenzado a colaborar en secreto en un plan para destituirla.

Al menos, esa era su intención hasta ayer.

Por desgracia para ellos, sus planes se desmoronaron hoy en la ceremonia de investidura.

«Por qué, se preguntarán?

«¿El Santo?»

«Por qué el Santo de repente...?»

La imagen del Santo entrando en la sala interior del templo, donde se celebraba la ceremonia, junto a Yutia, dejó estupefactos a los cuatro cardenales restantes que asistían al acto. (Los otros cuatro estaban ausentes debido a obligaciones externas).

El mero hecho de aparecer juntos en un acto tan público, independientemente de si se trataba de una ceremonia oficial del Rosario o de algo tan insignificante como una investidura, bastaba para significar una alianza entre ambos.



El impacto de esta revelación fue inquebrantable.

Los cardenales presentes comprendieron algo fundamental:

El santo no tenía ninguna relación previa con el conde Palatio.

En principio, los sacerdotes que acompañan a los nobles homenajeados en la investidura son aquellos que los conocen de antemano.

Y, sin embargo, ahí estaba la Santa, involucrada en el evento, junto al conde Palatio, una figura sin relación aparente con ella.

Esto llevó a los cardenales a una única y innegable conclusión:

La santa se había aliado con Yutía.

«Si la Santa se ha puesto de su lado, nuestros planes ya no pueden seguir adelante».

«¿Cómo demonios ha conseguido involucrar al Santo en esto?».

«Uf, esto se ha convertido en un gran dolor de cabeza».

Mientras se extendían entre ellos suspiros silenciosos de frustración...

Alon, que también estaba entrando en la sala para la ceremonia de investidura, se sintió perplejo.



«... No, en serio, ¿qué es esto? ¿Debería preguntar algo al respecto?».

Dudó, mirando a Yuman, que caminaba a su lado, y luego dirigió la mirada a Yutia.

«?»

Su expresión era tan desconcertada como la de él, lo que no hizo más que aumentar la curiosidad de Alon.

«Con esto concluye la ceremonia de investidura».

La larga y tediosa ceremonia de investidura había llegado por fin a su fin.

«Enhorabuena, conde Palatio... Oh, supongo que ahora debería llamarle marqués».

«Gracias».

Anderde le tendió la mano con una sonrisa ensayada, que Alon aceptó con un ligero movimiento de cabeza, pensando para sí mismo:

«Ha sido dolorosamente largo».

Aunque Alon había oido decir a Sergius que estas ceremonias solían alargarse, no había previsto que duraran cuatro horas completas. Chasqueó la lengua con exasperación.



«Bueno, pues nos vemos cuando tengamos ocasión».

Anderde inclinó ligeramente la cabeza, dando por concluido el evento. La gente que se encontraba en la sala comenzó a dispersarse uno por uno.

Mientras los veía marcharse, Alon oyó unas voces a su lado.

«Enhorabuena, mi señor. Ahora es usted marqués».

«En efecto. Supongo que tendré que tener cuidado de no llamarte más «conde»», añadió Evan.

Asintiendo con la cabeza ante sus palabras, Alon respondió: «Sí, gracias por las felicitaciones».

«Ahora que todo ha terminado, ¿cuáles son tus planes para el futuro?».

Alon reflexionó brevemente antes de responder.

«Ya que hemos terminado aquí, me voy a marchar».

A su acogedor y tranquilo hogar, perfecto para asar camotes.

«¿En serio? ¿No te vas a quedar a disfrutar del Festival de Cumpleaños?».

«El Festival de Cumpleaños?»



«Sí, hoy es el Festival de Cumpleaños de Sironia», explicó Yutia.

Alon se quedó paralizado por un momento, parpadeando.

«¿Hoy es el festival?».

«Sí».

«Qué curioso, no he visto ningún preparativo en los alrededores del templo».

Recordando el paisaje que había observado durante los últimos días, Alon compartió sus pensamientos.

Yutia respondió: «Eso es porque el festival realmente comienza la noche de luna llena. El papa anuncia el inicio del festival y, a partir de ese momento, los preparativos se ponen en marcha».

«Aunque, como el papa suele estar ocupado con las oraciones en Tierra Santa, es probable que sea el cardenal principal, lord Anderde, quien se encargue de anunciarlo», añadió con tono juguetón.

Alon asintió con la cabeza, reflexionando sobre sus palabras.

«El Festival del Cumpleaños, ¿eh...?»

El Festival del Cumpleaños de Sironia.



En Psychedelia, era un evento con el que los jugadores se encontraban durante sus primeras visitas a Rosário. Sin embargo, Alon rara vez asistía al festival en el juego.

En lugar de participar en el evento, era mucho más beneficioso, tanto en términos de subir de nivel como de ganar puntos de experiencia, explorar las mazmorras dispersas o subir de nivel en Lartania.

Dicho esto, aunque a menudo se había saltado el evento, Alon era muy consciente de los objetos únicos que solo se podían obtener durante el festival.

«Ya que estoy aquí, podría aprovechar para conseguir algunos mientras pueda».

Alon, con esos pensamientos en mente, habló.

«Bueno, si ese es el caso, supongo que puedo quedarme y disfrutar del festival durante un día o dos».

«¿En serio? ¿Es cierto, conde... no, marqués?».

«Sí».

Evan y Yutia asintieron con la cabeza, claramente satisfechos con la decisión de Alon.

«Bueno, si puedo conseguir esos artículos, dedicar un día o dos no es una mala inversión».



Mientras Alon hacía este cálculo, una voz familiar lo llamó por detrás.

«Marqués Palatio».

Cuando Alon se giró, vio a Yuman acercándose.

—Santo.

«Felicitaciones».

La repentina felicitación dejó a Alon momentáneamente desconcertado, pero rápidamente respondió.

«... ¿Ah, sí? Gracias».

A diferencia de la última vez, cuando Yuman le había advertido que tuviera cuidado con Yutia, ahora su tono transmitía una amabilidad casi desconocida. Era imposible descifrarlo.

Tanto si Yuman se dio cuenta de la confusión de Alon como si no, esbozó una sonrisa de satisfacción antes de dirigir su mirada hacia Yutia.

Su expresión cambió al instante: fría y abiertamente hostil.

Por un momento, Yuman la miró fijamente a los ojos.

Luego, como si le diera un consejo profundo, dijo: «Bueno, me voy. Espero que hayas reflexionado seriamente sobre mis palabras».



Con una mirada ardiente e intensa que parecía rebosar pasión, Yuman se marchó.

Mientras Alon miraba fijamente su figura en retirada, Evan lo llamó.

«Marqués».

«¿Qué pasa?».

«Sé que esto puede sonar muy irrespetuoso, pero... ¿no te parece que el Santo está un poco... raro?».

«¿Qué quieres decir con eso?».

«Ya sabes... trastorno bipolar».

La sospecha razonable de Evan dejó a Alon momentáneamente en silencio mientras recordaba el comportamiento de Yuman, que alternaba entre la ira, la seriedad y las sonrisas cada vez que interactuaban.

Finalmente, Alon asintió lentamente con la cabeza.

«Eso... podría ser posible».

Era una valoración objetiva.



Sin embargo, sin que él lo supiera, Yuman era totalmente ajeno a tales evaluaciones.

«¡Debo rescatar al Santo de Plata de las garras del malvado cardenal Yutia!».

Yuman, lleno de pasión y determinación, seguía ardiendo con resolución.

Esa noche.

«¡Vaya, esto es realmente impresionante!».

«Sí, lo es».

Ante la voz de Evan, llena de asombro, Alon contempló las vistas desde la habitación. Aunque su expresión seguía siendo estoica, no pudo evitar sentirse impresionado.

«Esto es aún más bonito que en el juego».

Una luna azul colgaba en el cielo, mientras que el vasto templo que se extendía debajo no estaba rodeado de antorchas rojas, sino de antorchas azules brillantes que iluminaban toda la escena.

En el centro del enorme templo, se había reunido un gran número de sacerdotes, que ofrecían oraciones al unísono mientras esperaban el comienzo del Festival de Cumpleaños.



La vista era realmente magnífica, y Alon se quedó momentáneamente hipnotizado mientras contemplaba el templo.

«Está empezando», dijo Yutia, llamando su atención hacia la plataforma.

Pronto, Anderde subió al estrado, lo que marcó el inicio del festival.

Poco después, Alon vio que Yuman se unía a Anderde en la plataforma y pensó para sí mismo:

«Bueno, me sentía incómodo por haberme peleado con él, pero como las cosas han salido bien, supongo que no importa».

Aunque Alon era consciente de que, a pesar de las fricciones entre ellos, Yuman, al no ser un hereje, era poco probable que le hiciera daño físico o político, seguía sin gustarle estar en desacuerdo con nadie.

Y lo que es más importante, según la historia original de Psychedelia, Yuman acaba convirtiéndose en uno de los aliados que protegen este mundo junto al protagonista, Eliban.

En otras palabras, tener una mala relación con Yuman solo traería problemas en el futuro.

Con esa carga quitada de encima, Alon observó el desarrollo del festival con el corazón más ligero.

En ese momento, Yuman se subió a la plataforma, preparándose para pronunciar el sermón tradicional junto al cardenal principal ante los fieles reunidos.

De repente,

«...?»

Yuman sintió que algo no estaba bien.

La figura que tenía ante sí era sin duda Anderde, pero había algo en él que parecía sutilmente diferente.

Si le hubieran pedido que explicara qué era, Yuman no habría sido capaz de expresarlo con palabras.

Pero la sensación de inquietud era innegable.

En ese momento, el cardenal jefe, aún con su benévolas sonrisa, habló.

«Como era de esperar, la Santa puede sentirlo, ¿verdad?».

«... ¿Perdón?», preguntó Yuman, sorprendido.

Anderde, sin embargo, ignoró la pregunta y continuó mirando a Yuman.

«Te envidio, Santo».

Su voz tenía un tono desconocido, que se desviaba de la ceremonia prevista.



Una sensación de confusión comenzó a surgir en los ojos de Yuman.

«El simple hecho de existir es una bendición».

Las palabras que siguieron causaron una confusión visible entre los cardenales y obispos sentados en la plataforma.

«Sacerdotes que han rezado durante décadas, niños que pasan hambre durante días, devotos que soportan el sufrimiento para cumplir la voluntad divina... Todos ellos, pero tú no».

«.....»

«Me parece... injusto».

Para entonces, incluso los fieles, que momentos antes estaban sumidos en la oración, se dieron cuenta de que algo no iba bien. Levantaron la vista hacia la plataforma con expresiones llenas de duda.

Y entonces, Yuman lo vio.

El cardenal jefe, manteniendo su sonrisa benéfica, volvió a hablar:

«Y así, aquí, en presencia de un nuevo dios, te pido a ti, el verdadero «símbolo» de esta injusticia, que mueras».

¡Crack!



En un instante, el brazo de Anderde, que hacía unos momentos parecía perfectamente normal, comenzó a hincharse grotescamente, transformándose en algo monstruoso.

Un brazo enorme, parecido a cientos de troncos de árboles retorcidos entre sí, se abalanzó con una fuerza abrumadora, con el objetivo de barrer a los cardenales y a Yuman de la plataforma.

Todo sucedió en un instante.

Al mismo tiempo, la percepción de Yuman pareció ralentizarse y todo a su alrededor parecía moverse con lentitud.

Vio a los cardenales y obispos en la plataforma, con los rostros paralizados por la sorpresa mientras intentaban levantarse de sus asientos.

Vio a los paladines desenvainando sus espadas demasiado tarde.

Vio las expresiones de innumerables sacerdotes, grabadas con horror, llenando su visión a cámara lenta.

En circunstancias normales, nadie en la plataforma habría sobrevivido al ataque sorpresa de Anderde.

El poder sagrado requiere tiempo para poder manejarlo.

Por muy devota o poderosa que sea la fe de una persona, invocar el poder sagrado requiere rezar a lo divino.

Esa era una regla inmutable.



Sin embargo, había una persona presente que estaba libre de esta limitación.

El santo, Yuman.

Elegido directamente por lo divino, Yuman podía ejercer el poder sagrado sin necesidad de rezar.

¡Crack! ¡Crack! ¡Crack!

En esa fracción de segundo, Yuman invocó el poder sagrado para bloquear el ataque.

«¡Ugh!».

A pesar de verter una inmensa cantidad de poder sagrado en su escudo, el impacto del golpe hizo que Yuman hiciera una mueca involuntaria.

Aun así, la barrera que conjuró con su extraordinario poder sagrado detuvo con éxito el ataque sorpresa de Anderde, tal y como había previsto.

Pero...

El grotesco brazo de Anderde se deslizó por el borde exterior del escudo de Yuman y continuó su movimiento, lanzándose hacia abajo, hacia los sacerdotes que se encontraban debajo de la plataforma.

«¡No!».



Sin darse cuenta, Yuman gritó y amplió su escudo para cubrir un área más grande.

Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, el monstruoso brazo de Anderde ya descendía sobre un grupo de jóvenes sacerdotes, demasiado pequeños para haber alcanzado aún la edad adulta.

En ese momento, Yuman los vio.

Los niños, temblando de miedo, con los ojos muy abiertos y llenos de terror, lo miraron con un destello de esperanza.

Pero esos ojos esperanzados solo profundizaron la sensación de desesperación de Yuman. Instintivamente, cerró los ojos con fuerza, como para bloquear la visión.

Y entonces...

«La ira del dios del trueno».

Una voz grave resonó en todo el templo.

Cuando Yuman abrió los ojos, lo vio.

Entre los niños aterrorizados, una figura vestida con un abrigo oscuro se movía con rapidez.

«...!»



En el instante en que Yuman se dio cuenta de lo que estaba pasando, un escalofrío helado se extendió por todo su cuerpo.

Lo siguiente que vio fue el dobladillo del abrigo azotando violentamente el aire, crepitando con relámpagos azules.

Finalmente, Yuman contempló cómo el grotesco brazo de Anderde, que había estado balanceándose para aplastar a todos los que estaban en la plataforma, desaparecía de repente como si hubiera explotado.

Y entonces, todas las miradas, incluida la de Yuman, se volvieron hacia el hombre... no, hacia la figura del Santo de Plata, que se recortaba contra el fondo de la luna azul.

«¿Qué significa esto?».

La voz del hombre resonó, tranquila pero con autoridad.